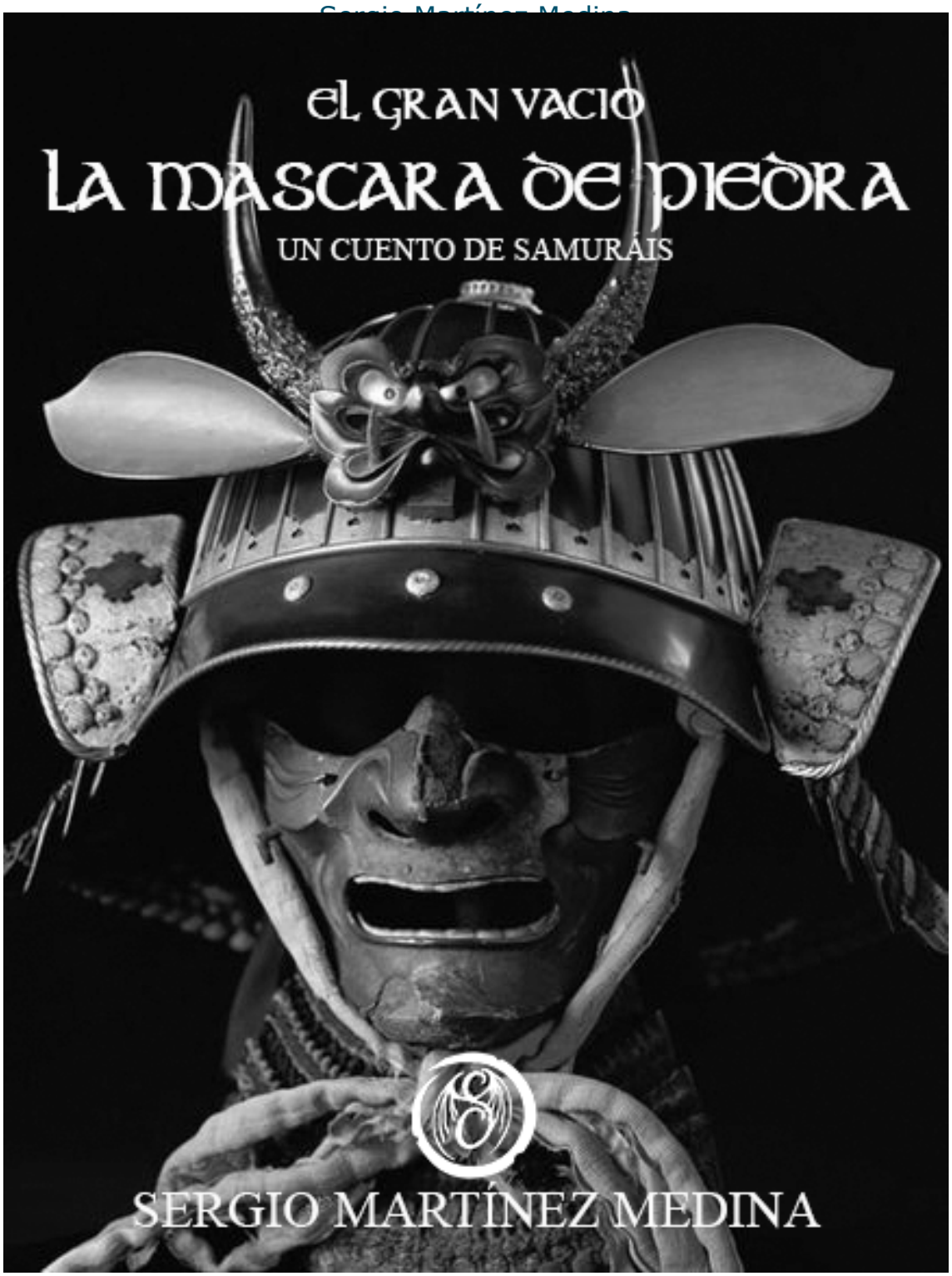
Cuento corto - La Máscara de Piedra - Cuento de Samuráis

Sergio Martínez Medina



Capítulo 1

Este cuento se escribió en mayo de 2018 para la revista electrónica Quinta Raza, y se publicó en Marzo de 2020 por la misma revista.

Ciclo 1543, Cuarta Era

A las afueras de Nagasaki

La mirada de Joshiro Yushinojo se perdía en el océano que rodeaba su hogar, casi tan extenso como las estrellas. Las puertas de bambú y papel se agitaron con el viento marítimo, estremeciéndolo hasta la médula. Pero no fue el frío lo que lo hizo temblar. Joseph Cromwell, el gaijin llegado desde el continente de Hiva, no sólo había comprado el respeto de casi todos los daimios importantes de El Dorado, sino que, además, había conseguido que los ancianos onyōdō del monte Fuji le enseñaran sus secretos, encerrados en Shiro Shi, la máscara furia maldita. Ahora que estaba parado en lo alto de su castillo le parecía increíble que hubiera sido casi un hermano suyo por treinta largos ciclos.

Joseph venía con sus cabellos rubios y su lengua extraña de un continente que construía sus muros de roca, que creía en monstruos que bebían sangre, rodeado de los brazos de una madre agonizante. Era el ciclo 1512 de la Cuarta Era según el Calendario Urímaco y ninguno de los dos tenía entonces más de diez ciclos de edad. Jugaba con espadas de bambú en la costa cuando vio a una mujer y a un niño. Parecían haber flotado en el Gran Mar Océano y entre el miedo de ver a dos moribundos y el de saber que podrían morir si no hacía nada, corrió a pedirle ayuda a su padre. Al final, el brote de sarampión de Saturno de ese ciclo se la llevó a ella y Fusazane Yushinojo terminó adoptando a Joseph. De alguna manera veía en él al hijo que siempre quiso. No era que Joshiro fuera mal hijo, sino que su padre siempre había vivido con la idea de que alguien vendría a salvarlos. Crecieron juntos, forjaron algo muy parecido a una amistad y, cuando a Joshiro le tocó servir al daimio de la ciudad y honrar a su familia, Cromwell lo siguió, aunque sabía que su condición de gaijin no le permitiría acercarse al castillo. Exhaló. El mar golpeaba el acantilado. Podía ver los restos de las embarcaciones, hundidas apenas esa semana, desde la torre. La madera se confundía con las velas rotas y la espuma del océano. La Armada Imperial, un montón de cadáveres nada más, un ejército que se dedicará a alimentar a los peces abisales. Quizá había sobreestimado la tradición. No, pensó, la tradición siempre estuvo bien. El daimio de Sendai, Araki, les había dicho más de una vez que quemaran las naves que se acercaran, pero Fusazane decidió dejar de acribillarlos en

el agua. Si sobrevivían al incendio, al hundimiento de sus barcos y a la furia del Gran Mar Océano, el pueblo de Nagasaki no tenía derecho de contradecir a los Guardianes. Y ahora que era más grande y empezaba a sentirse viejo, Joshiro se dijo que todo había sido culpa suya.

La adopción de Joseph le causó algo de intriga, pero lo comprendió mejor cuando cumplió 18 ciclos. Resultaba que, entre las pertenencias de la mujer, había una carta que lo hacía merecedor de una inmensa fortuna que pasaría al tutor de quien lo hubiese acogido en casa. Debían enviarlo a Oxford, en el continente de Hiva, y el clan Yushinojo puso cada gramo de plata que se necesitó para construir el navío. Joshiro insistió en acompañar a su hermano, pero su padre lo obligó a quedarse en casa y cumplir sus obligaciones para con el daimio. En 1521, tras haber entrenado toda su infancia y gran parte de su juventud, por fin comenzó su entrenamiento como samurái. Durante ocho ciclos entrenó codo con codo con los más grandes guerreros de El Dorado, lo transfirieron de Nagasaki a Tokio y luego a Sendai, y en 1530. Peleó, ganó su propia katana, regresó a casa y una tarde del mes de Luna, la nave de su hermano reapareció en el horizonte. Traía tanto oro que tuvo que dejar a la mitad de la tripulación en Hiva para poder cargarlo de regreso; era, decía, apenas una parte de la herencia de la familia Cromwell a la que tenía derecho. Cedió una parte importante a su padre adoptivo, y ni sus padres ni Joshiro pusieron resistencia alguna: el dinero, a fin de cuentas, sirvió para financiar la inmensa cantidad de madera y piedra que necesitaban para construir el Yoshinojo'jō en el acantilado más pronunciado de Nagasaki. El oro de ultramar también les permitió ascender en la escala social, quizá tanto y tan rápido que se volvieron uno de los clanes más cercanos a la familia Yamamoto, la única con verdadero poder dentro de la ciudad. La presencia del shiro no agradó a todos, claro, pues la voz de que la había pagado un gaijin rubio de más allá del horizonte corrió entre los vientos y los bosques del continente. El poco honor que pudo crearse su familia se vio comprometido hasta que Joseph decidió exiliarse hacia el monte Fuji, a varios cientos de kilómetros al noroeste de Nagasaki. Había rumores de la presencia de elfos y enanos en la montaña sagrada, y los daimios concordaron que perder a un gaijin ante los espíritus de la isla era mejor que arriesgarse a que éste contaminara a la población con sus ideas. Joseph y Joshiro se despidieron luego de un abrazo, y los hermanos se desearon buen viaje y buena suerte. Los guardias reales, cubiertos con sus kabutos de oro, le proporcionaron un pergamino con el dragón imperial, un documento que le permitiría transitar sin ser molestado hasta su destino.

Nadie supo cómo fue que Joseph llegó al monte Fuji ni qué pasó allá; algunos, incluso, decían que Joseph se transformó en uno de los

espíritus, un espectro más del bosque Aokigahara. Otros más aseguraban haberlo visto portando un kabuto completo con una máscara furia hecha de piedra blanca, y Joshiro supo que no mentían. Cuando eran niños, Joseph le había dicho más de una vez que quería ser igual a él, un hombre de guerra, un samurái por mérito propio que luchara por su clan y su tierra. Lo recordaba vívidamente, como si siguiera ahí a su lado, acostado sobre la pradera infinita de Nagasaki.

Aunque tenga que renunciar a mi apellido, Joshiro. — le dijo, mientras clavaba en el pasto una vara de bambú que les sirvió para entrenar aquella tarde.
No digas esas cosas. Los fantasmas te van a escuchar.
¿Y qué? Ya se llevaron a Erina, ¿qué más puedo perder?
A nosotros.
No. A ustedes no. Ustedes son mi familia, ¿verdad?
Por supuesto que sí. Tú eres un Yushinojo, aunque al pueblo no le guste. Tu papá los tiene dominados, eso ayuda.
¿A qué te refieres?
¿Tú crees que no veo cómo me miran? Soy un fenómeno, una bestia más. "El rubio, el del sol en el pelo, el hijo que no es hijo de los Yushinojo." Podré llevar poco aquí, Jojo, pero no soy idiota. En Oxford mirábamos así a los trolls.
¿Hay trolls allá?
No quería llegar a eso. — Se quitó la cabellera rubia de los ojos y le clavó en los ojos su mirada azul. — ¿Puedes ayudarme?
¿A qué?
Quiero ser un samurái. Quiero pelear por ti y por padre con mis manos, aunque me quede sin apellido.
Ya verás que sí. Ven, hay que aprovechar la noche. Tenemos que entrenarte mucho.

Las olas del Gran Mar Océano rugieron una vez más. Las ruinas del shiro se iban cayendo a pedazos, como si todo el castillo hubiera estado unido al alma de sus dueños. Tomó el tanto y miró a las estrellas. Los espectros de los marineros refulgían sobre las olas, lo llamaban, le recordaban que sus vidas habían terminado intentando honrar a los Yushinojo. Sin embargo, el que más lo atormentaba era el de su padre, muerto dos ciclos después de la partida de su hijo adoptivo. Fusazane se suicidó en el palacio del daimio de Nagasaki para pagar la deuda de honor que tenía para con su pueblo: adoptó a un extranjero y lo educó como a un hijo, algo que nunca se había hecho y que no se volvería a hacer jamás. Colocó la hoja de la daga sobre su ombligo y la retiró al sentir el piquete. Un fino hilo de sangre le resbaló sobre la piel. Sangre, otra vez. Como si no hubiera bastado la de antes. Los gritos de los muertos se alzaron desde el fondo del acantilado. Había sido su culpa. Colocó la punta del tanto a la izquierda, sobre su estómago. El regreso de Joseph en 1535 había sido,

cuando menos, inesperado. La gente murmuraba y señalaba la máscara de piedra. Algunos decían que había sido tallada por los enanos mismos y otros que el gaijin había hecho un pacto con los espectros del bosque para sobrevivir y vengarse de la familia que lo había abandonado. Lo único que estaba claro de aquella máscara era que tenía cierto aspecto de vapor, como si estuviera apenas aferrada a la existencia material por hebras de seda. Se detuvo a las puertas del shiro del clan Yushinojo, tomó el tanto de piedra de Vinland, el mismo que Joshiro sostenía en ese momento, y se abrió las venas del brazo izquierdo. El corte, poco profundo, era más bien una declaración: Joseph pagaba así su deuda de sangre con ellos y era libre de ir a donde quisiera sin ensuciar ya sus nombres. Joshiro lo vio desde lo alto de la torre del castillo, colocó una flecha en su arco, lo tensó, pero no pudo soltar la cuerda. Nos deshonró. Era su hermano, siempre sería su hermano, y su padre lo había amado como a uno más del clan. Tengo que matarlo.

A pesar de haber abandonado la ciudad de Nagasaki, las leyendas de las habilidades de Joseph se extendieron por todo El Dorado en apenas un par de ciclos. Se decía que rehuía la luz del sol y que nadie podía derrotarlo en combate. Era un diestro tirador con el arco, a la par de cualquiera de los samuráis de los daimios de los alrededores, y su destreza con la katana tampoco tenía nada que envidiarles a los guerreros nativos de la isla-continente. En 1537, nadie supo si fue por virtud propia, por su kabuto etéreo, sacado de las entrañas del Fuji, o por la inmensa cantidad de dinero de la que aún disponía, la ciudad de Sendai le entregó el shogunato Gaijin Dokoro, o Ley del Extranjero. La tradición de las ciudades de Tokio, Sendai y Nagasaki los obligaba a reconocer a los shoguns que surgieran, y, por primera y única vez en la historia, un extranjero era visto como un igual entre ellos. Lo peor fue que el dinero que movía parecía seducir a quienes lo tocaban. Se transformó en un oni-shogun. Un akuma de cabellos rubios, una fuente de oro maldito que busca torcer todas las almas que toca. Se dice que no puede morir hasta vengarse de aquellos que más daño le hicieron. La primera señal de que quizá Joseph no estaría conforme con su nuevo estatus social llegó en la tarde de Terra 27 de 1540. Joshiro comía arroz, sembrado en las afueras del shiro, zanahorias y brócoli hervido, filete de jabalí, ramen y té verde en compañía de su madre y sus hermanos, cuando llegó corriendo un mensajero. Como el único samurái del clan, estaba obligado a recibir las noticias.

"Los drenaron hasta de la última gota de sangre. Los sacos de carne y hueso que encontraron alrededor del shiro apenas parecían humanos, y los guardias comentaron que los guerreros habían muerto presas del terror." La familia despidió al joven y se reforzó la seguridad en

los muros. Tres días después, llegó un pergamino sellado. Sendai se había aliado formalmente con Joseph Cromwell. Los espías de Nagasaki le dijeron al daimio que Tokio estaba pensando algo similar y que la tensión entre la capital y las ciudades circundantes parecía ir en aumento. Joshiro, encerrado en el cuarto más alto del shiro, lloró y deseó nunca haber salvado a la mujer y a su hijo aquella tarde de hacía tantos ciclos. Durante meses, el joven samurái buscó por cielo, mar y tierra alguna pista de qué fue lo que sucedió en el Fuji. Las historias iban y venían, pero una de ellas aseguraba que el espíritu de un viejo y poderoso akuma se había apropiado del cuerpo de Joseph y que, desde entonces, dos almas compartían la misma materia. Era posible, según los onyōdō de Tokio, y las viejas leyendas decían que hacía milenios la magia de Úrim lo habría permitido. Sea como fuere, había algo anormal en Joseph y él tenía parte de la culpa. El gaijin no se limitó a sobornar y comprar alianzas; en 1541, cuando ambos contaban ya con casi cuarenta ciclos de edad, se supo que estaba formando un ejército grande, pagado con un dinero que había demostrado ser inagotable. El shogunato de Joseph marchó contra Tokio en 1542 apoyado por Sendai, y en 1543 la máscara blanca apareció sobre los montes que protegían la ciudad de Nagasaki. Los Yushinojo sabían que llegaría aquel momento. Joshiro reveló los enormes cañones instalados en cada una de las caras del castillo y lanzó un ultimátum a su hermano: Si sus tropas se acercaban más, no habría oportunidad de tregua alguna, aun si los lazos de sangre los obligaran a pactarla. Joseph ignoró el mensaje, y en la noche de Urano 21 de 1543, las fuerzas de Cromwell atacaron.

El shiro Yushinojo servía como primera línea de contención junto a los castillos de otros cuatro señores de la ciudad. Detrás de ellos, a tres kilómetros del centro de Nagasaki, una segunda línea de defensa alzaba sus muros a diez metros del suelo. Los enormes acantilados que rodeaban la ciudad le permitían a Joshiro mirar al mar y prevenir ataques del oeste, donde el acantilado les servía como protección. Los embistes de Cromwell se ejecutaron como un solo movimiento. Un pasadizo secreto dentro del castillo de Joshiro permitió a los atacantes abrirse paso a través de las murallas sin mucha dificultad. Joshiro se dio cuenta de la filtración y ordenó a sus hombres luchar en el sótano. Mientras la guardia estaba distraída, los arietes avanzaron. Impulsados por máquinas de vapor e ingenios mecánicos desconocidos hasta entonces, las máquinas de asedio no tardaron en abrir una brecha. El constante retumbar de la bombarda del shiro no los atemorizó en lo más mínimo y los Yushinojo supieron pronto por qué: Joseph Cromwell, vestido con su kabuto fantasma, cabalgaba en la vanguardia del ejército estandarte en alto. Algunas flechas alcanzaron a su caballo y lo obligaron a desmontar. La alegría fue breve, pues demostró ser más peligroso a pie. Joseph esgrimió la katana con maestría y decapitó a seis guardias que se acercaron a derribarlo. Joshiro bajó tres pisos. Tenía que llegar antes de que esas muertes se

transformaran en una carnicería. Le clavaron un par de flechas en el pecho al invasor, pero el samurái no caía. Un corte, un paso, dos metros que los guerreros de Joshiro no podrían recuperar. Bajó dos pisos más. Los cañones tronaban, los arietes se torcían y explotaban y a través de los huecos de la muralla entraban más y más de los soldados del shogunato.

Llegó a la planta baja y vio a su hermano danzando sobre los cadáveres de sus sirvientes. La hoja de acero volaba de izquierda a derecha; la oscuridad y la luna la transformaron en una estrella que desgarraba vida y esperanzas y que saltaba de un hombre a otro. Pero lo que más le sorprendió fue la cantidad de flechas que Joseph tenía clavadas en el cuerpo. El pecho y la espalda de Cromwell eran poco más que un alfiletero ensangrentado, y los brazos y las piernas estaban apenas unidas al cuerpo por los huesos y los ligamentos más poderosos. Un corte debajo de la axila izquierda alcanzó a revelar las costillas del samurái fantasma. Un cañón disparó e impactó de lleno en el pecho de Cromwell; el cuerpo salió proyectado hacia atrás y uno de los brazos se desprendió y cayó detrás de Joshiro. Mientras la batalla crecía y los remolinos de sangre se hacían más y más grandes, comenzaron los ataques desde la retaguardia. Los furaribi vinieron en manadas, volaron desde el Gran Mar Océano y se adentraron en el castillo, acompañados de las akurojin-no-hi, las llamas muertas del mar. Los furaribi, con sus caras de perro y sus plumas de fuego, causaron terror en los guardias y Joshiro lo supo de inmediato. Joseph Cromwell estaba muerto. Su hermano jamás habría invocado un terror como aquel. Las llamas azules que aparecieron en la torre más alta del shiro se comprimieron en una sola esfera, se dirigieron al centro del campamento, y explotaron en una lluvia ardiente muy fina. No nos quieren matar, pensó, sino enfermar y descomponer poco a poco. Vienen a consumirnos. Somos alimento para los akuma del mar y de la piedra. No podemos ganar esta guerra. Joseph se levantó. La sangre le brotaba debajo de la máscara y le daba al resto del kabuto la apariencia de una gota de sangre disuelta en el agua. Lanzó un grito y los furaribi se amontonaron a su alrededor. El sol empezaba a salir y Cromwell retrocedió, dejando un reguero de cadáveres en su camino.

Yakushima, al sur, reportaba la aparición de un ikuchi de grandes dimensiones y el hundimiento de una parte importante de su flota; los diferentes shiros de Nagasaki no traían mejores noticias. Los arietes destruyeron dos de los castillos del este, y el tercero había sido incendiado por unos pájaros de fuego acompañados por un samurái que parecía desvanecerse en medio de la noche. A pesar de eso, varios de los guerreros que habían sobrevivido la noche murieron en la mañana, azotados por la fiebre y una enfermedad horrible que los sumía en una pesadilla de la que no podían escapar. Al final, era una muerte segura.

Dos de los hermanos de Joshiro murieron durante el terror nocturno; su madre, presa de la fiebre, cayó durante la madrugada del tercer día.

El segundo ataque sucedió en la capital de Nagasaki. Supieron de la masacre hasta tres días después, cuando algunos de los pobladores buscaron refugio entre las maltrechas paredes de la fortificación de Joshiro. Todos repetían lo mismo: ¡Akuma! ¡Akuma! ¡Akuma! Casi todos supervivientes murieron víctimas de sus heridas, de la fiebre o de la enfermedad del sueño. A la semana del ataque, Cromwell regresó para encontrar un castillo casi completamente abandonado. Yushinojo despidió a sus criados diciéndoles que no estaba seguros de que pudieran defenderlos en caso de un nuevo golpe, y viendo que Cromwell regresó con un batallón igual de numeroso que la primera vez, agradeció haberlos evacuado. La luz de la luna caía sobre el jardín deshecho. No se había molestado siquiera en volver a levantar los muros de un hogar que recién estrenaba las sepulturas de casi todo el clan. El último de los Yushinojo. Maldijo una vez más al kabuto de piedra que aparecía frente a él, sin una cicatriz y una máscara etérea. Salió al patio vestido con su propia armadura y su katana, pero sin el arco que tan bien sabía usar. Quizá así Cromwell aceptaría el desafío, y lo hizo. La luna, en forma de maedate apenas brillaba, pero le bastaba para reconocer las facciones de la máscara. Los akurojin-no-hi azules aparecieron sobre las tumbas del clan Yushinojo y rodearon a los hermanos. A través de la luz, Joshiro alcanzó a ver una grieta en el mempo de la máscara, el único signo de que Joseph hubiera sufrido daño alguno. El cuerpo temblaba debajo de la armadura samurái. Era la única oportunidad que tenía.

Desenvainó la katana y dio dos pasos a la derecha. Joseph lo imitó. Dos pasos más, y otros dos. La danza de la guerra había iniciado. Los samuráis imitaban a la perfección del contrincante. A cada golpe de espada correspondía una evasión, y a cada estoque un desvío. Habían adquirido un ritmo especial, como dos amantes que llevan ciclos practicando el mismo baile una y otra vez. El sonido del agua de la fuente le ayudaba a Joshiro a concentrarse; el entrenamiento de guerrero que había recibido hacía que sus músculos actuaran mucho antes de que se diera cuenta de que se había movido. Las katanas se rozaron un par de veces, el sudor escurrió a través del mempo. A pesar de tener los ojos clavados en Cromwell, Joseph se percató del silencio que se forjó a su alrededor. La luz azulada de las llamas cubría cada centímetro del patio y, aunque no pudiera verlo con claridad, Joshiro supo que había alguien más ahí. Es él. Está aquí. Son dos almas en un cuerpo, pero no sé quién maneja a quién. Un tajo y sangre. Joseph le arañó el brazo derecho y una parte de su orgullo. Será mejor que lo mate y luego pregunte. No se va a detener. Dio dos golpes seguidos que rebotaron en el kabuto de Cromwell

y éste respondió con un empujón. Joshiro fue más listo y redirigió la energía de su enemigo lo suficiente como para clavar la punta de su katana en la máscara de Joseph. El tiempo se detuvo por un par de segundos. No hubo gritos ni ruidos más allá de las olas del Gran Mar Océano, que se estrellaban contra los acantilados de Nagasaki. El fuego azul que los rodeaba se desvaneció y la Shiro Shi cayó partida a la mitad. El cadáver de Joseph cayó con un golpe seco y explotó como si hubiera estado lleno de gas. El olor de la putrefacción le llenó las narices y ahí, arrodillado junto al cadáver descompuesto de su hermano, Joshiro gritó.

A pesar del sake, la puñalada le dolió mucho más de lo que hubiera podido imaginar. Sabía que tenía que enterrar el tanto hasta la empuñadura para que fuera más fácil, pero no pudo. Lo había clavado justo en el estómago. El dolor le gritaba que retirara la mano de ahí, pero usó su disciplina militar para jalar el brazo a la derecha. El corte, casi tan profundo como su orgullo herido, le provocó asco pero ya no había nada que pudiera vomitar. Sintió los gránulos de tierra debajo de sus pies con los intestinos. No quedaba nadie que pudiera atestiguar el seppuku, pero él moría en paz. Había vengado a su padre, a su clan, y derramando sus intestinos sobre el castillo, también se vengaba a sí mismo. Lo enterró junto a los suyos, el hermano que volvía al hogar al que siempre perteneció. Estuvo toda la tarde mirando al mar, mientras el viento le llevaba noticias de la destrucción de Nagasaki. Había liberado a los akuma y éstos querían sangre. La noche se volvió gélida y el mar un rugido sin límite. Se llevó las manos a los intestinos y vio su sangre iluminada por la luz negra de la luna llena. Dirigió los ojos al cielo y las estrellas huyeron de él. El manto del cielo estaba oscuro. Muy oscuro. Tan oscuro que no se dio cuenta de a qué hora dejó de mirar.